

Desarrollo campesino, un concepto en construcción

Complejidades y paradojas de la articulación campesino-capital

*Arturo León López**
*Elsa Guzmán Gómez***

RESUMEN

El presente trabajo recupera la historia de los últimos 50 años de los campesinos que participaron en la construcción de un proceso regional que transformó la vocación agrícola de las tierras, el paisaje, la estructura y uso del territorio, las relaciones sociales, las condiciones de vida de las familias de los agricultores y su lugar frente a la economía estatal. Se trata de un proceso regional conformado a partir de estrategias familiares, redes sociales, negociaciones y confrontaciones entre distintos actores en el norte de Morelos, región conocida como Los Altos. Dicho proceso se refiere a una construcción de desarrollo, entendiéndolo como la constitución de un cierto orden social dado por las disputas del conjunto de actores sociales que orientan la conformación regional y los procesos de acumulación de capital. En este caso se trata de un proceso de desarrollo regional campesino, cuyo eje ha sido la producción comercial de jitomate de temporal por parte de pequeños productores. Se refiere a productores cuyo ámbito de trabajo es la organización de las unidades familiares, desde donde se toman las decisiones individuales y se gestan las relaciones con los diferentes actores. Sin embargo, no son acciones aisladas, pues se han conformado redes complejas de relaciones sociales en las que participan las unidades productivas y diversos actores.

PALABRAS CLAVE: estrategias familiares, redes sociales y construcción de desarrollo.

ABSTRACT

The present text recoups the history of the last 50 years of campesinos participating in the construction of a significant regional process. It has transformed the agricultural vocation of the land, the countryside, the structure and use of the territory, social relations, and the living conditions of farming families and their position in relation to the state economy. It consists of a regional process brought about from family strategies, social networks, and negotiations and confrontations between distinct actors in the north of Morelos in a region known as Los Altos. This process refers to the construction of development, understood as the constitution

* Profesor-investigador, Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco, México. Fallecido en abril de 2012.

** Profesora-investigadora, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México.

of a certain social order created by the disputes of the sum of the social actors that orient the regional structure and the processes of capital accumulation. In this case it concerns a process of regional agricultural development which revolves around the commercial production of seasonal tomatoes by small scale producers. It refers to producers whose working context is organized into family units, within which individual decisions are made and relations with different actors are managed. Nevertheless, the practices are not isolated: complex networks of social relations have evolved in which productive units and diverse actors participate.

KEY WORDS: family strategies, social networks, construction of development.

INTRODUCCIÓN

En la actualidad participan aproximadamente cuatro mil familias que incluyen en su estrategia el cultivo de jitomate en el norte de Morelos, abarcando al menos cinco municipios (Tlayacapan, Totolapan, Atlatlahucan, Yecapixtla, Ocuituco y otros). Estas familias definen sus propias estrategias familiares dentro de las condiciones y relaciones de la región, como el uso de tierras y demás recursos, las problemáticas y necesidades propias, las dinámicas del mercado; siguiendo pautas generales de organización familiar, producción y comercialización, pero dibujando escenarios de variabilidad de recursos, decisiones, resultados y perspectivas entre las familias, lo que hemos denominado *archipiélago de estrategias* (Hervieu y Virad, 2001), ya que existen diferencias particulares dentro de una relativa unidad generada por los procesos regionales de acumulación.

Como se mencionó, los protagonistas de esta historia son campesinos minifundistas, con una historia agraria vinculada a la defensa de la tierra, como parte de la lucha revolucionaria que dio fin a las grandes haciendas del siglo XIX, impulsando la constitución de un campesino con vocación agrícola, conocimientos y experiencia que da viabilidad al establecimiento de cultivos agrícolas de temporal. Especialmente contando con tierras fértiles y un periodo de lluvias intensas y abundantes (1 100 mm) entre junio y septiembre que permite contar con los recursos naturales necesarios para sembrar, dentro de ciertos rangos de seguridad y riesgo.

En el transcurrir de este proceso a lo largo de tres generaciones, pequeños productores no capitalizados se han pasado de una

vocación maicera de autoconsumo a la constitución de una especialización jitomatera basada en la complementación de lógicas campesinas y de mercado tanto en la producción, en el uso de recursos, las técnicas y la comercialización como en la variabilidad del uso del territorio a lo largo de los ciclos anuales. Asimismo, dicha especialización se sustenta en la diversidad de cultivos, incluyendo el maíz para autoconsumo y venta, así como la producción de traspatio con posibilidades de innovación, movilidad, vinculación, ahorro e inversión.

Este cultivo se inició en la región en momentos de gran dinamismo del mercado nacional, de la modernización agrícola de las décadas de 1950 a 1970, y la introducción de la horticultura comercial en el estado, lo que dio pie a la creación de una zona productora de jitomate insertada en la oferta nacional del mismo, reconociendo el monto, temporada y calidad del producto con el que los jitomateros de Morelos participan.

En el transcurso de los años, las tendencias de los procesos y sus cambios fueron caracterizando tres etapas (Guzmán y León, 2008):

- a) Una primera durante los primeros 15 años, de expansión y auge productivo cuyo inicio tiene que ver con una innovación tecnológica que permitió la producción a gran escala, que se refiere a la técnica de las espalderas, que permitió el crecimiento de las matas de manera vertical, evitando la pudrición de los frutos por el contacto permanente con el suelo, siendo una planta conocida anteriormente en sus propios huertos de traspatio facilitó la adopción de la nueva técnica. Rápidamente, de un año a otro, las tierras se cubrieron de espalderas y jitomates, adecuando sus conocimientos de manejo de la milpa al cuidado intensivo de las huertas. El rápido crecimiento del mercado nacional dio lugar a la expansión de las tierras jitomateras desde la década de 1960, llegando a cubrirse casi 10 mil hectáreas entre 1971 y 1975, e incluso exportaron algunos años parte de la producción.
- b) En la segunda etapa (1975-1990) se manifestó la disminución de la superficie destinadas al jitomate de manera importante y paulatina, desde ocho mil hasta llegar a cuatro mil hectáreas en la región. Esto marcó procesos de adecuación de la actividad dentro de la estrategia global familiar. Se reconoció, por un lado, la fuerte competencia con grandes productores de

estados como Sinaloa, quienes han tenido altas capacidades de inversión y niveles tecnológicos de control de los factores productivos y comerciales superiores a los de Morelos, lo cual implicó confrontaciones, en desventaja, en mercados nacionales y de exportación. Esto obligó a los campesinos temporaleros a fortalecer las ventajas reconocidas por sus propios procesos de aprendizaje, experiencia e historia cultural, fortaleciendo y recreando su condición campesina. En este periodo se reconoce la constitución de una estrategia propia que denominamos *especialización diversificada*, en que el proceso del jitomate condiciona el uso de recursos, trabajo y tiempo, organiza las actividades de la estrategia general, punta de lanza de las transformaciones tecnológicas de la región; pero al mismo tiempo se sustenta en la adecuación, diversidad, complementariedad y optimización de recursos, experiencias y ganancias del conjunto de actividades agrícolas y no agrícolas, de autoconsumo y venta, que conforma la estrategia familiar; teniendo un peso importante el balance jitomate-maíz. Esta combinación, rompe con la visión tecnocrática de la especialización tecnológica (Valladares, 1990; Weitz, 1973), y es llevada por las familias campesinas a las condiciones reales en que, desde sus propios recursos y expectativas, la recrean culturalmente, se apropian y la integran a una forma propia de construir su desarrollo.

- c) Y la tercera etapa, que abarca de la década de 1990 a la actualidad, en plena debacle de la agricultura nacional, en que la actividad jitomatera se contrae, fluctuando entre tres mil y dos mil hectáreas anuales de jitomate, pero se intensifica el uso de tecnología especializada y se integra aun más la estrategia de diversidad productiva. En este periodo se fortalece la política neoliberal en el país, significando para estos productores la ausencia de apoyos y seguros a la producción agrícola, a pesar de los riesgos de la misma, lo que lo lleva a optar, desde sus propios recursos económicos y sociales (redes sociales), a apostarle al uso intensivo de las innovaciones tecnológicas que se encuentran a su alcance, es decir, mayor uso de insumos y herramientas menores, sin alta mecanización ni capitalización, y fuerte inversión de mano de obra; además se fortalecen los vínculos comerciales para adecuarse a las dinámicas cambiantes del mercado en que las relaciones con

intermediarios comerciales se amplían. Si bien, el jitomate sigue siendo el eje de las tendencias técnicas y económicas actuales, se vincula de manera imprescindible con otros cultivos comerciales y de autoabasto, teniendo el maíz un papel complementario fundamental, siguiendo como lógica la complementación de la reproducción campesina. La adecuación del cultivo de jitomate a las prácticas campesinas ha requerido, en primera instancia, el manejo del riesgo a distintos niveles, pues se trata de un cultivo que en tierra es sumamente susceptible a plagas y enfermedades, lo que ha requerido el aprendizaje en el manejo del mismo, así como el uso y dependencia de una lista larga de agroquímicos. Igualmente, al tratarse de un producto perecedero, es decir, que una vez cosechado tiene corta vida de anaquel, el periodo de comercialización se acorta, además de implicar una dinámica de precios fluctuantes en el mercado, lo que constituye para los productores un alto riesgo de pérdida de las posibilidades de ganancia, ya que en el momento en que tienen su producto, el precio en el mercado (en cuya fijación ellos no deciden ni participan directamente) les puede permitir recuperar la inversión realizada y obtener ganancias, o por el contrario, si el precio de venta de sus cosechas es muy bajo, no recuperan su inversión, es decir, les signifique pérdidas totales. Así, los productores consideran maneras de enfrentar el riesgo, dentro de un ciclo agrícola, en el transcurso de varios, a través de la estrategia de diversificación y complementariedad, como único recurso campesino viable para recrear un proceso productivo, económico y en general de reproducción social como éste.

Esta recreación de una estrategia de reproducción propia constituye, desde nuestra perspectiva, un proceso complejo de construcción de ciudadanía y defensa de territorio, es decir, de desarrollo, el cual se ha ido forjando paso a paso, a lo largo de los años, a través de la experiencia productiva y apropiación del cultivo, a partir de la estrategia de especialización diversificada basada en un complejo de decisiones culturales, sustentada en amplias redes sociales y alianzas y negociaciones con diversos actores, como familiares, jornaleros, intermediarios, proveedores de agroquímicos, etcétera. Por supuesto que la estrategia incluye también permanentes búsquedas hortícolas y tecnológicas, que se combinan con cada fiesta, rito agrícola,

ceremonias comunitarias, acciones dentro de las dinámicas y decisiones de sus localidades y ayuntamientos que se fortalecen gracias a las prácticas jitomateras mismas.

Entonces, las transformaciones regionales en Los Altos, guiadas por las acciones de los campesinos, dejan ver las aparentes paradojas de la complementariedad de procesos contradictorios como la fusión-codependencia de lógicas familiares y de autoconsumo con lógicas mercantiles en la estrategia campesina. Pero en última instancia se reconoce también un doble sentido de la reproducción del conjunto de procesos regionales, al tratarse de dinámicas guiadas por el mercado en que, si bien la reproducción campesina tiene una función primordial hacia la recreación de su propia cultura, asimismo se encuentra ensamblada en la reproducción del proceso de acumulación de capital; dejando claro que la construcción del desarrollo campesino es vigente, pero lejos de la visión bucólica de la autosuficiencia, de la armonía con el ambiente, de una vida tranquila, libre, sencilla y aislada de la civilización urbana, sino conformada de paradojas, complejidades e incluso contradicciones.

EL PROCESO PRODUCTIVO

El ámbito de trabajo primordial es constituido a partir del ejercicio concreto del proceso productivo agrícola, el cual ha sido adecuado desde el origen mismo del cultivo en su uso comercial. El jitomate en la región se conocía desde antaño, como una planta que crecía al final del periodo de lluvias, en los solares de las casas, para contar con algunos frutos para el consumo de la familia. En 1955, en un rancho en Totolapan un italiano empezó a utilizar en el jitomate la misma técnica de cultivo que para la vid, es decir, levantar las matas sobre una estructura hecha con varas y alambres, de manera que los frutos, que antes se desarrollaban sobre el suelo, ahora lo hacían colgando de dichas espalderas, lo que favorecía su crecimiento evitando que se pudrieran, y se podían sembrar, a mayor escala, durante la época de lluvias. Pronto los lugareños reconocieron las ventajas y empezaron a sembrarlo en sus tierras de esa forma, aprendiendo la colocación de las varas y alambre, el "tejido" de las plantas en estas estructuras y el manejo en general del cultivo. Los buenos resultados motivaron la ampliación de las

superficies de tierra, ya no sólo para probar y aprender, sino ahora para vender el producto.

Las tierras de cultivo se fueron cubriendo de varas y jitomates, las de maíz disminuyeron. Esto requirió nuevos materiales para conseguir varas, alambres, cajas para empacar los jitomates, así como fertilizantes y otros insumos.

Si en un principio sólo se sembraban las semillas de los mismos productos locales, en poco tiempo empezaron a llegar nuevas variedades que daban frutos distintos, de acuerdo a como se preferían en el mercado. Los campesinos probaban las variedades que el Instituto Nacional de Investigaciones Forestales, Agrícolas y Pecuarias (Inifap) les llevaba y las que los comerciantes ofrecían.

Actualmente los productores compran las semillas de Holanda, Brasil y Estados Unidos, variedades específicas para riego o para temporal, muy rendidoras y con las características de los frutos que hoy se piden en el mercado.

Las charolas de polietileno para almácigo llegaron en la década de 1980 y se adoptaron rápidamente por los productores, al representar ventajas por ahorrar la cantidad de semilla (que antes sembraban directamente en la parcela) y controlar las condiciones de germinación y crecimiento de la plántula, además de poder iniciar los trabajos antes del temporal. El uso de estas charolas ha implicado cambios en la división en el trabajo, ya que algunos productores se han especializado en la producción de plántula para la venta a otros jitomateros de la región e incluso de fuera.

Actualmente se distingue predominantemente el uso del acolchado,¹ y prácticamente todo jitomatero de la región lo aplica. Esta técnica muy utilizada en la producción intensiva de hortalizas en otras partes del país, llegó a los Altos hace aproximadamente siete años; al parecer los primeros que la utilizaron en la zona fueron unos agrónomos de Achichipico, Yecapixtla, pero ahora es una práctica en toda la región. La colocación puede ser manual;

¹ El acolchado se refiere a una cubierta plástica oscura que cubre cada uno de los surcos y que tiene pequeños orificios donde se siembra la plántula a cultivar. Esta cubierta tiene el objetivo de impedir que otras hierbas crezcan y a su vez alojen insectos que afectan y transmiten enfermedades a las plantas, tales como la mosquita blanca que transmite el virus del mosaico.

también suelen hacerlo con unas maquinitas que un herrero inventó y cada productor o herrero ha ido adaptando, lo que permite colocarlo más rápidamente.

La plántula se siembra posteriormente a la aplicación del acolchado y las prácticas subsecuentes serán la aplicación de la serie de fertilizantes, plaguicidas y herbicidas que garanticen el buen desarrollo del fruto sin que las plagas y enfermedades le afecten. Por supuesto que también se requiere el envarado y el número de hilos de acuerdo con las lluvias y el crecimiento de la planta.

Con el acolchado se logra una mayor retención de humedad, lo que en condiciones de temporal ayuda a sobrellevar los momentos de escasez de agua. Con éste ya no se requieren las labores con tractor o yunta, pues el plástico se arruina. El cuidado de la planta se lleva aplicando productos adecuados al acolchado, ahora se usan productos sistémicos que se aplican "en la patita de la planta", "se inyectan al plástico", así como fertilizantes foliares.

La plaga más importante, quizá, es la mosquita blanca, pues el insecto chupa de manera directa además de servir como transmisor de virosis. Desde hace dos décadas la incidencia de mosquita blanca ha sido la causa del abandono del cultivo en algunas parcelas o zonas específicas de la región. Se considera que una vez que la planta es atacada por el virus del chino ésta ya no puede recuperarse, por lo que se trata de evitar su ataque. La función principal del acolchado y la razón de su éxito radica en que al eliminar las plantas adyacentes al cultivo se logra controlar mucho más a la mosquita blanca. Esto, por supuesto eleva los costos y el trabajo, pero es la manera en que se ha logrado controlar a la plaga y enfermedad más dañina.

Las listas de enfermedades y plagas son largas, pero quizá las de agroquímicos más, pues las plantas se fumigan casi cada ocho días, alternando los productos para evitar que las plagas generen resistencia a ellos. Estos tienen efectos durante 10, 20, 40 días, pero su aplicación depende de las lluvias y la detección de algún problema. Los productos o "medicinas" no sólo se alternan, también se mezclan. El control de éstas ha requerido el aprendizaje de los productores para el manejo de los productos químicos necesarios. Los agroquímicos han ido cambiando y se van acumulando. Las aplicaciones, en general, se realizan por medio de aspersiones con bombas y representan parte de las

labores más delicadas y que más tiempo requieren dentro de las rutinas del cultivo. Se preparan mezclas de fungicidas, insecticidas y otros productos como fertilizantes, hormonas, adherentes, etcétera. La elección de productos a aplicar corresponde a la oferta que proporcionan los proveedores de las tiendas locales, pero especialmente a la experiencia y posibilidades de compra de los productores. Las aplicaciones son generalmente semanales, lo que implica grandes gastos, trabajo y vigilancia diaria del estado de salud de la huerta.

Los productores se han enfrentado a una necesidad creciente de empleo de insumos, tienen que comprar la semilla, los fertilizantes y los plaguicidas, además de bombas para fumigar y charolas para almácigo. La compra de estos productos ha representado mayor productividad pero también una inversión forzosa y cuantiosa, sobre la que balancean las necesidades del cultivo y sus propios recursos; de cualquier forma implica un mercado fuerte y creciente para proveedores e industriales, en su mayoría transnacionales.

Lo importante es lograr el mejor desarrollo de la planta que permita la optimización de la producción de frutos, en cantidad y apariencia, cumpliendo los requisitos comerciales; también incrementar su productividad, así, si se logra vender la cosecha a precios altos, se incrementarán las ganancias.

La rapidez con que se lleven a cabo las labores es un factor importante, pues preparar la tierra con tractor, instalar el plástico en menos tiempo, aplicar las fumigaciones con bomba de motor, etcétera, ahorrará horas de trabajo y permitirá disponer de más tiempo para atender a los diferentes cultivos que, en general, todos los productores tienen. Otro elemento adicional que evita riesgos es la posibilidad de contar con riego complementario, así, si la lluvia escasea, se compran pipas de agua y se aplican con el sistema de mangueras previamente instalado en los surcos bajo el acolchado, para no detener el crecimiento de la planta y, especialmente, que no le falte en los momentos cruciales para la formación del fruto. Poco a poco, más productores adquieren mangueras.

Aunque las prácticas locales difieran de la recomendación técnica, hemos encontrado que éstas representan la manera posible bajo las condiciones concretas. Convencionalmente se dice que el jitomate requiere un paquete técnico específico, sin embargo, los productores con su experiencia y todo su costo han

logrado integrarlo a sus formas de producción, dando al cultivo la elasticidad suficiente para manejarlo de acuerdo a sus necesidades y posibilidades.

DIVERSIFICACIÓN Y COMPLEMENTARIEDAD DE PROCESOS

Como se mencionó anteriormente en la historia de la región, para los campesinos de Los Altos fue necesario sembrar el jitomate dentro de una diversidad de cultivos para disminuir los riesgos que esta hortaliza implica y complementar las ventajas, construyendo una agricultura hortícola múltiple basada en la intensificación, tanto de la especialización como de la diversificación de cultivos, lo que significa una forma particular de apropiación del territorio, en tanto se le da un uso de acuerdo a condiciones y necesidades campesinas.

La combinación de recursos y objetivos dentro de las posibilidades y expectativas de la vida campesina da lugar a la convivencia del jitomate con grandes superficies de maíz, pero también de pepino, tomate, calabaza y nopal, dependiendo del lugar específico. Esto tiene la finalidad de complementar dos objetivos fundamentales, la ganancia comercial como manera principal de obtener ingresos económicos y la seguridad, tanto para la reproducción familiar, como para sostener gastos y pérdidas del cultivo comercial. Cada cultivo tiene su técnica especial, en cuyo manejo se puede observar que parte de los aprendizajes del jitomate se han trasladado a los diferentes cultivos de acuerdo a las necesidades y resistencias de estos. En cada lugar, comunidad y parcela se aplica lo que cada productor va probando y aprendiendo, lo que los hace agricultores técnicamente experimentados para manejar todos sus cultivos bajo una lógica campesina.

El pepino, a diferencia de hace diez años que no se envaraba, ahora se cultiva prácticamente con las mismas técnicas que el jitomate, incluyendo herbicidas específicos y un tejido más fino en los hilos de las espalderas. Estos dos cultivos se van alternando tanto en espacio como por temporadas, dependiendo del conjunto de factores, pero especialmente de las fluctuaciones de los precios. La siembra del pepino es más temprana, y el ciclo de vida más corto, de manera que la cosecha y venta terminan casi dos meses

antes del inicio de la cosecha del jitomate, esto permite contar con recursos para asegurar los gastos del jitomate.

Desde la década de 1980 el tomate verde comparte tierras y técnicas con el jitomate, ayuda a que el campesino compense la alta inversión y los riesgos, pues es más resistente a las plagas. Además, el precio del tomate verde es menos inestable, aunque más bajo que el del jitomate. De esta manera el tomate se acopla al aprendizaje de las técnicas, no implica tantas ganancias pero tampoco tantas pérdidas.

El maíz comparte parcelas y preparación mecanizada del suelo, pero técnicamente se distinguen prácticas más tradicionales, pues se siembra principalmente semilla criolla, del *pozolero*, se siembra con palo y se tapa con el pie, y hasta donde se puede no se fumiga, pero bien sea para la venta o para el autoabasto alimentario familiar, cumple la función de sostener la seguridad básica de la reproducción familiar y, con esto, la posibilidad de seguir sembrando jitomate y apostando a la ganancia. Las labores del maíz no son semanales, ni se invierte tanto tiempo y trabajo como en las huertas. Si los recursos escasean, la milpa se mantendrá al mínimo de inversión y la huerta tendrá la prioridad, pues la relación de dinero invertido y riesgo de pérdida es mucho mayor para la segunda.

La diversidad de cultivos implica distintos ritmos de crecimiento y desarrollo de las plantas, así como necesidades de labores en diferentes tiempos. De manera general el panorama de complementariedad de cultivos es como sigue: el pepino tiene un periodo de desarrollo de dos meses, el tomate verde de tres, el jitomate de cuatro y el maíz se puede cosechar de los cuatro a los seis meses de crecimiento. Las fechas de siembra de cada cultivo se van programando de acuerdo a la duración de los ciclos y organizando unos con otros para que sean paralelos, intercalados o subsecuentes. Estos ciclos distintos permiten organizar la distribución de tiempo y parcelas de cada cultivo, calcular los momentos de las múltiples labores y los cortes de los frutos. Es decir, cada huerta requiere ser envarada, abonada, fumigada y cosechada en distintas fechas, con lo que prácticamente se trabaja cada cultivo una o dos veces por semana durante todo el periodo de lluvias, representando trabajo continuo que exige intercalar gastos, vigilancia y laboreos. En el momento que comienzan las cosechas

se obtienen ingresos económicos que permiten financiar los gastos de los cultivos de ciclos más prolongados. De esta manera, los diferentes cultivos se complementan y apoyan mutuamente en recursos y productos.

Cuando terminan los últimos cortes de las huertas, se pasa a la cosecha del maíz; dado que es una labor pesada, el pago de jornaleros es necesario, y se cubrirá con parte de las ganancias de la venta de jitomate y otros. Las mazorcas se cortan con todo y hojas y se llevan a las casas para el inicio de otra etapa de trabajo fuera de la parcela, en la casa familiar.

Así, el periodo del temporal de lluvias significa el trabajo en las parcelas y la generación de recursos económicos y productivos para las actividades en los tiempos de seca. Al final de las cosechas subsecuentes se cuenta con las ganancias o pérdidas de la venta de éstas y con el maíz que durante los siguientes meses se acondicionará para su venta y autoconsumo.

El acondicionamiento de estas cosechas implica la separación por tamaños de los granos de maíz, la venta diferenciada y paulatina de estos, la separación de las hojas de la mazorca o totomoxtle y su acomodo en bultos o manojos para su venta. Los olotes, granos quebrados o podridos y hojas manchadas servirán para la preparación de alimento para los animales que en esta época se crían para su engorda y venta posterior. Igualmente la caña del maíz cosechado puede ser utilizada como forraje o reincorporado a la tierra en caso que la parcela sea propia. Todo esto genera empleo en la época de secas lo que da posibilidad a que los integrantes de la familia no tengan que migrar, y a su vez permiten obtener más recursos que sostendrán las inversiones necesarias para el inicio del ciclo de cultivo siguiente.

En el periodo de secas se van preparando elementos para las próximas siembras, como son la compra de semillas, los almácigos, la definición de las superficies a cultivar de cada producto, los convenios de renta de la tierra, la compra del plástico para el acolchado y otros insumos. Los gastos necesarios para dicha preparación se irán cubriendo con las ventas paulatinas de granos, hojas y ganado. De esta manera la estrategia se complementa al incluir objetivos diferentes pero también al engarzar actividades y ganancias en distintos tiempos. La organización de esta estrategia ha permitido la inclusión de un cultivo como el del jitomate, típicamente

comercial y de alta inversión de capital, a las posibilidades y lógicas campesinas; que requiere más que el seguimiento de un modelo tecnológico, las decisiones culturales y autónomas a nivel de las unidades familiares.

Este complejo de cultivos permite que los productores y sus familias vislumbren un medio que genera empleos e ingresos económicos, es decir, un ámbito de trabajo que se reproduce y recrea, a partir de los aprendizajes continuos, la participación de la familia, toma de decisiones sobre el uso de sus recursos, las prácticas productivas, la recuperación de su situación y perspectivas, lo que deriva en la apropiación específica del territorio, así como la reconfiguración de redes sociales que apoyan la producción, comercialización y la reproducción de la vida campesina.

ORGANIZACIÓN FAMILIAR Y REDES DE APOYO PARA EL TRABAJO

En los Altos de Morelos, la unidad familiar es la base del trabajo agrícola y de las relaciones sociales que se despliegan para el sostenimiento de los diversos procesos regionales. El jefe de familia es el productor principal y trabaja permanentemente en la parcela, además del apoyo y aprendizaje de al menos un hijo u otro joven pariente, y de algunos jornaleros o familiares. A partir de la familia se configura un conjunto de redes necesarias para la producción y comercialización. Así, las decisiones de cada productor en el seno de los intereses y condiciones de su unidad familiar se materializan y se establecen relaciones sociales particulares, a través de los procesos de producción y comercialización.

La vida campesina se encuentra sostenida por redes de relaciones que dan lugar al intercambio de productos, venta a pequeña escala, ayuda mutua laboral y cotidiana, intercambio de recursos que sostienen la dinámica de la vida doméstica y las relaciones necesarias para el sostenimiento de las actividades productivas y comerciales que requieran inversiones de dinero. A su vez, el sostenimiento de estas relaciones permite la reproducción social de la familia campesina y de los distintos grupos y agentes actuales, que conjuntan y entrelazan diversos objetivos e intereses que aportan recursos y esfuerzos que se materializan en la reproducción de cada uno de los actores sociales, y de la dinámica global.

ORGANIZACIÓN Y RELACIONES PARA LA PRODUCCIÓN

La posibilidad para un productor de iniciar un cultivo agrícola depende de la disponibilidad de los recursos necesarios: acceso a tierra propia o rentada, financiamiento y fuerza de trabajo familiar y contratada.

La cantidad de tierra que cada productor requiere cada ciclo depende de la decisión que tome acerca de los cultivos que emprenderá. En la región de Los Altos la tierra tiene una gran movilidad a partir de arreglos de arrendamiento, de acuerdo a las decisiones de cada uno de los productores sobre el uso de su tierra o la renta de ella para poder cultivar. Los productores que combinan varios cultivos, en general rentan algunas parcelas, y de acuerdo a la historia de siembra de éstas y de las suyas propias, así como de su ubicación, distribuyen los cultivos. Este arrendamiento dinámico implica constantes interacciones entre los productores para concretar los acuerdos y uso de la tierra, entre los que la tienen y los que la requieren. Frecuentemente son conocidos, vecinos o parientes, pero de cualquier forma es necesario mantener comunicación y cálculo permanente de lo que se sembrará en los ciclos subsecuentes para distribuir los diferentes cultivos, de acuerdo con la ubicación de la parcela, calidad del suelo y requerimiento del cultivo elegido. Entre productores y propietarios o ejidatarios se establecen tratos y procesos de negociación por los precios de la renta de la tierra, los términos de su preparación, así como por los plazos del propio convenio, lo que influirá en la disponibilidad de recursos para iniciar el cultivo.

En lo que se refiere al financiamiento, el jitomate no ha sido apoyado por los programas de las políticas públicas, especialmente en el rubro de crédito, lo que ha obligado a los productores a buscar y generar mecanismos que les posibiliten obtener recursos para las inversiones necesarias a lo largo de los ciclos agrícolas. En general se distinguen dos formas: recursos propios y préstamos múltiples.

Ante el alto costo del cultivo y los constantes gastos en todo el proceso productivo, los campesinos que no tienen capacidad de acumulación e inversión amplia organizan sus actividades productivas de manera que les posibilite contar con el dinero suficiente en los momentos en que requieran comprar insumos y pagar mano

de obra; es así como prevén los ingresos a partir de las cosechas y las ventas de unos productos para los gastos de los siguientes y subsecuentes cultivos. La multiplicidad de cultivos implica momentos distintos de venta de cosechas, de necesidades de gasto y de trabajo, de manera que unas van financiando a las otras cíclica y subsecuentemente, incluyendo cultivos de la huerta (jitomate, tomate, pepino, chile), nopal, maíz e incluso ingresos externos.

Sin embargo, esta forma de autofinanciar sus gastos no siempre es suficiente, por lo que tienen que recurrir a algún tipo de préstamo, prestamistas particulares, créditos a los bancos, a los grandes comerciantes; aunque tratarán de evitar recurrir a ellos, ya que los intereses en general son muy altos. También, algunos productores –aunque no pasa del 10% de ellos aproximadamente– pueden aprovechar los programas oficiales para la compra específica de insumos; por ejemplo, a través de Alianza para el Campo.

Dado que el desarrollo y cosecha del cultivo exigen gran cantidad de recursos, se agregan otros fondos al ingreso total de la unidad de producción, como salarios extra agrícolas; particularmente remesas migratorias que se utilizan para la inversión productiva, y que igualmente ayudan a enfrentar una crisis, después de pérdidas subsecuentes en la venta de jitomate. Existen distintos tipos de arreglos familiares, como la asociación de quienes tienen dinero con quienes tienen tierra y más experiencia, como maneras de complementar los recursos que cada productor tiene. Ante la falta de fuentes de financiamiento y los altos costos del cultivo, los vínculos que se establecen en este rubro complementan los recursos y arreglos propios que cada productor y su familia realizan para poder pagar.

Si bien, el trabajo familiar es el que sostiene los cultivos, éstos no podrían completarse sin el trabajo de los jornaleros, que ciclo tras ciclo se incorporan a la dinámica regional. La presencia de los trabajadores inmigrantes provenientes de la montaña de Guerrero, Oaxaca, y Puebla, que de manera independiente llegan a la región de Los Altos a contratarse en los múltiples trabajos agrícolas. El contrato se establece directa y personalmente con los productores de jitomate, quienes en general los contratan por día.

De igual manera, se puede observar que paralelamente a los tratos laborales se construyen otras formas de relaciones y

vínculos personales con los jornaleros, pues muchas veces los que ya han ido a la región por varios ciclos van haciendo amistades e incluso compadrazgos con algunos productores y sus familias, lo cual repercute en relaciones de trabajo más seguras y de mayor confianza para ambas partes, posibilidades de vincular a parientes como nuevos migrantes, de conseguir recomendaciones laborales, así como da lugar a ciertas condiciones ventajosas de vida para los jornaleros, a quienes les puede resultar menos difícil su estancia, como por ejemplo alcanzar la posibilidad de asentamiento menos inestable. Estas relaciones de confianza se pueden entender, por un lado, por la informalidad del propio convenio laboral, pero por otro tienen un carácter cultural en tanto para las dos partes este tipo de redes sociales les permiten consolidar las bases de su reproducción, tanto económica como de tipo cultural.

RELACIONES PARA LA COMERCIALIZACIÓN

La comercialización implica relaciones sociales construidas por productores y múltiples agentes comerciales, con opciones particulares que construyen escenarios de transacción. En general, estos escenarios muestran la vulnerabilidad para los productores en tanto no tienen manera de garantizar espacios de una negociación participativa y menos para la fijación de precios, en donde no cuentan con la garantía de precio favorable. Ante esto los campesinos han aprendido a configurar distintas opciones para lograr resultados favorables. Éstas consisten en lograr la calidad del producto, que debe adecuarse de la mejor manera a las condiciones establecidas, al mismo tiempo que considera distintas posibilidades de venta y, de acuerdo con el escenario de comercialización existente (precios inmediatos, información sobre las tendencias), definir de qué manera colocar su mercancía en el momento y canal que más les convenga.

De manera general, las opciones de comercialización se restringen o se amplían de acuerdo al precio, en primera instancia, abriéndose las posibilidades de venta y ganancia si el precio es alto.

Ante cualquier escenario, los productores requieren contar con un conjunto de relaciones establecidas con diferentes agentes de

comercialización y mantenerse actualizados constantemente de los movimientos, cambios y tendencias existentes, a través de estos canales o de acuerdo a la información de otros productores.

Los campesinos han aprendido que lo adecuado no siempre es el precio más alto, pues a veces lo que buscan puede ser:

- a) Venta inmediata si requieren el dinero y/o el precio va bajando.
- b) Vender la mayor cantidad de producción a granel cuando el precio es suficientemente alto para obtener ganancias sin seleccionar.

Los diversos agentes podrán cubrir estas expectativas, y de acuerdo al panorama del momento y al precio, los productores elegirán a quién, cómo y cuándo vender. Así, la gama de agentes de comercialización está formada por: comerciantes externos a la región de Los Altos de Morelos que compran la huerta completa sin cosechar; comerciantes de diferentes regiones como Monterrey, Veracruz, San Luis Potosí, Guadalajara, Celaya, etcétera, que llegan en tráileres y camiones de alto tonelaje; fleteros locales que llevan a la Central de Abastos de México a consignación y cobran una comisión por caja, independientemente del precio del producto; compradores-revendedores locales que compran en ciertos puntos de la carretera las cajas seleccionadas; bodegueros de la central de abasto de México y de Cuautla, que compran directamente en sus bodegas o en el espacio de venta; e intermediarios locales, que tienen bodegas pequeñas y compran diariamente la producción que les llegue seleccionada o a granel y ellos la revenden a inter-mediarios mayores.

La diversificación de actores significa que ahora, a diferencia de otras épocas, sí cuentan con información y relaciones, los productores tienen muchas más posibilidades de negociar los términos de venta, plazos e incluso márgenes de precios con comerciantes que llegan a comprar de diferentes partes del país a las parcelas o a puntos locales claves. Los productores hacen sus propios análisis de las tendencias de los precios, la saturación del mercado, sus propias necesidades, el estado de sus frutos y optan cómo, a quién y dónde vender, de manera que logren obtener las mejores ganancias o mínimas pérdidas, de acuerdo con los recursos con que cuenten y su disposición de arriesgar.

Cada una de estas formas implica productores en distintas condiciones económicas y productivas, es la gran diversidad de ellos compartiendo un mismo mercado para resolver cada uno su reproducción hasta diferentes niveles de acumulación. También implica una serie de agentes a lo largo de la comercialización, que van participando en diferentes formas hasta que la producción llega a manos de los grandes mayoristas. A la vez que cada agente reproduce socialmente su propia condición y existencia, en su conjunto y contradictoriamente, reproducen las bases de su propia subordinación a la acumulación del capital y la recreación de la misma.

DESARROLLO CAMPESINO

Los procesos que sostienen al jitomate en Los Altos de Morelos conforman la complejidad y transformación de la región, en donde las estrategias campesinas y su constante adecuación a las transformaciones de los mercados funcionan como mecanismos de recuperación y movilización de un conjunto de recursos y entrelazan procesos que van constituyendo, en la marcha, el desarrollo campesino.

Este complejo de procesos se basan en las maneras particulares en que los recursos materiales y simbólicos se utilizan, recuperan, potencian y movilizan, se trata tanto de elementos productivos como la tierra, el agua, los cultivos, con toda su carga histórica cultural de arraigo, como de los conocimientos mismos y las experiencias adquiridas para hacer uso de dichos recursos. También podemos decir que las estrategias campesinas implican la movilización y puesta en práctica de aspectos relacionales como son las redes sociales, que en la cultura campesina representan una base de seguridad para sostener los procesos productivos y reproductivos, tales como las formas de convivencia campesinas, de relaciones para la producción y comercialización ya mencionadas; éstas, en el caso del jitomate, se ponen en juego para poder enfrentar los requerimientos que esta actividad implica, enfrentando los riesgos en los diferentes ámbitos.

En este mismo sentido, consideramos que en la región la tierra, las carreteras, los espacios comerciales locales y nacionales han sido

utilizados, apropiados, contruidos y recreados por los campesinos a lo largo de la historia productiva y, desde su propia cultura, han potenciado el uso de estos elementos para facilitar su producción, viabilizar su papel en la economía regional y nacional, y por supuesto seguir siendo campesinos. En lugar de que los recursos e infraestructura de la región sean de uso y beneficio exclusivo de agentes urbanos y comerciales, los productores han sostenido y hecho uso de los mismos a través del impulso económico y dinámica social que sus actividades generan participando en la transformación de la región, lo que significa un proceso de defensa de su espacio y cultura, desde las prácticas y la vida campesina.

Se ha configurado un complejo de procesos de transformación, que han dado paso de ser maiceros y jornaleros a configurar otros modelos de campesinos, productores especializados, diversificados e incluso considerados actualmente como campesinos agricultores. En este trayecto se rompieron referentes culturales anteriores y se reconstruyeron otros, una cultura distinta pero emanada de la anterior. Actualmente las pautas de vida, trabajo, éxito, etcétera, han cambiado, así como las concepciones sobre lo que ahora se entiende por mejorar las condiciones de vida, el buen crecimiento de plantas, las parcelas limpias sin hierbas ni animales, las buenas cosechas con frutos homogéneos, los buenos precios de los productos, etcétera.

Pero estas transformaciones también han dado paso a una gran diversidad y diferenciación social, en la cual no todos los productores son jitomateros exitosos, capaces de obtener ganancias algunos años; también hay pequeños productores, o quienes sólo han tomado las técnicas pero ya no siembran jitomate o nunca lo han hecho, algunos son maiceros, otros, jornaleros, pero consideramos que la vocación regional ha creado escenarios en donde los diferentes campesinos se vinculan al jitomate o a la apertura de mercados que ha dado lugar, permitiéndoles su reproducción al conjunto de actores, con toda su heterogeneidad. Es por esto que decimos que si bien dicha hortaliza no implica la única actividad de la región, la especialización productiva que se ha llevado a cabo ha marcado pautas de cambio, tendencias y necesidades hacia las otras actividades, y va delineando tendencias tecnológicas, económicas y sociales en la región.

Esto ha sido posible a través de los aprendizajes generacionales de los campesinos de hoy, quienes se formaron como campesinos bajo los principios de innovación técnica como agricultores, en el ejercicio de la eficiencia productiva, pero no basada en la receta técnica, sino en la capacidad de aprender, reconocer las situaciones particulares, observar la planta, arriesgar, balancear su economía al perder y ganar, seguir aprendiendo y continuar siendo campesinos, derivando en lo que consideramos procesos de construcción de desarrollo, en los marcos de lógicas y estrategias campesinas, lo que da cuerpo al concepto de *desarrollo campesino*.

Dicho concepto está contenido en el análisis de las diversas y peculiares maneras y procesos en que productores rurales integran una diversidad de objetivos, procesos productivos, tecnologías y usos del espacio y los recursos, que derivan en la transformación de condiciones particulares de vida, relaciones comunitarias, redes sociales regionales, y una particular participación e inclusión en la sociedad.

El desarrollo campesino se gesta en la interacción de los procesos mencionados en dos niveles diferentes, pero que igualmente están vinculados y entrelazados, estos son: primeramente lo que denominamos el *archipiélago de estrategias*, el cual contiene las prácticas y transformaciones, y el otro nivel es el de las relaciones que dan forma a las redes sociales, las cuales estructuran los *espacios públicos*.

Estos dos elementos se consideran como expresión espacial de las estrategias productivas, lo cual permite entender tanto las pautas generales de las estrategias entre las unidades familiares, dadas por la historia cultural, como los escenarios globales de la sociedad, lo que le da un carácter de un archipiélago diferenciable de otros o de otras organizaciones espacio-culturales. De esta manera se reconoce el carácter cultural de las opciones que cada productor y unidad familiar considera, y las bases sobre las cuales se toman, como la historia cultural –anteriormente mencionada–, los contextos presentes que implican determinantes, riesgos, características del mercado, etcétera.

Pero al interior de dicho archipiélago de estrategias igualmente existen múltiples heterogeneidades, como pueden ser las características específicas de los propios recursos con los que cuentan (tierra,

casa, dinero, herramientas, etcétera), el conjunto de actividades agrícolas y no agrícolas a realizar, sobre la organización estacional de dichos recursos y actividades, los procesos de asimilación de las innovaciones; integrantes, redes y manos familiares para el trabajo, la adquisición de experiencias, las maneras de participar en el mercado.

De igual forma se observan las diferencias productivas, sociales y culturales entre una unidad familiar y otra, y se plasman en un paisaje fraccionado que aparenta un mosaico multifacético, que cambia año con año. Cada estrategia individual está conformada por una combinación específica de decisiones, cuyos ingredientes son las expectativas y recursos del productor y la familia para llevarlas a cabo. Es decir, las decisiones tomadas pasan por un balance de lo que se quiere hacer y obtener a lo largo del ciclo productivo, frente a los recursos generales que se tienen y lo que se puede alcanzar. Como resultado de dicho balance se definen los preparativos antes del inicio del temporal, lo que en la dinámica del trabajo se va reajustando y adecuando de acuerdo a las condiciones concretas.

El éxito o fracaso que cada productor tiene en una actividad o cultivo determinado como resultado anual de su estrategia depende del amoldamiento de su combinación particular a los escenarios globales, específicamente frente a los ámbitos de incertidumbre tanto de la naturaleza como del mercado; es decir, del lugar que tome en el archipiélago de estrategias con respecto a las relaciones sociales generales o al espacio público. A pesar del amplio abanico de heterogeneidades del conjunto de productores y la gran diferenciación social entre ellos, se observa que, en el momento de enfrentarse al mercado, los resultados contrastantes no se dan por la competencia entre ellos frente a una demanda y un precio del mercado, sino que se deben a la capacidad individual de participar en el mismo. El precio de los cultivos hortícolas al que los productores de la región venden es fijado de acuerdo a la dinámica nacional, y marca el potencial de pérdida o ganancia general en la región, frente a las otras regiones productoras del país.

Las transformaciones regionales han llevado consigo dinámicas sociales complejas en las que los campesinos se vinculan a múltiples agentes internos y externos quienes anteriormente no participaban en esta dinámica regional. Al interior de la región se han creado

oficios y actividades especializadas que van entretejiendo nuevas relaciones con y entre los productores, como por ejemplo, la renta del tractor, el arrendamiento de tierras, la producción de plántula, la constitución de grupos que solicitan la compra de insumos a los programas de gobierno, las ventas de huerta en pie, la presencia de prestamistas, los convenios de préstamo/comercialización, además de las diferentes relaciones y formas existentes para la comercialización de los productos agrícolas y la compra/venta de fuerza de trabajo. De igual manera, una parte sustantiva que se ha detonado con este cultivo es la compra de agroquímicos e insumos tecnológicos para la producción, los cuales en general provienen de diferentes industrias nacionales y transnacionales, y llegan a los productores a través de los promotores de laboratorios, de las tiendas de proveedores, o por los técnicos o ingenieros de las instancias gubernamentales que aplican los diversos programas agrícolas.

Entonces, los espacios productivos y de comercialización en la complejidad mencionada están contenidos en el concepto de espacio público.² Éste es entendido como una esfera pública no-estatal (PNUD, 2007) en la cual, en esencia, se resaltan los procesos de negociación, de encuentro y desencuentro entre diferentes actores de la sociedad que definen tendencias y alcances en términos de su reproducción y posicionamiento dentro de la sociedad, y traspasan los límites de las contenciones estatales, que en Los Altos de Morelos significan los ámbitos de vida, producción y relaciones que la gente con su propia cultura y recursos ha venido construyendo.

Los jitomateros han construido estas relaciones con agentes que han participado desde que el proceso de horticultura comercial

²El concepto de espacio público se utiliza desde diversas acepciones, para algunos el espacio público es producto de la descentralización en el marco neoliberal ante el mayor distanciamiento del Estado, lo cual no significa que dé lugar a una real apropiación de los procesos desde y por los actores, ya que puede llevar a una mayor segregación de poblaciones marginadas, y a legitimar el papel central del mercado. Otra postura enfatiza que el fortalecimiento de la esfera pública no estatal podría significar un avance democrático (Lander, 1998; Bresser y Cunill, 1998), también se alude a los espacios públicos como ámbitos homogéneos de relaciones democráticas o al menos de igualdad entre todos los ciudadanos.

detonó, como son los jornaleros, comerciantes y vendedores de insumos, que con el paso de los años se han ido agregando y diversificando los agentes especialmente comerciales de venta de insumos y compra de productos; también se han diluido otros como los gubernamentales, que en algún momento tuvieron presencia en términos de programas de exportación, financiamiento y transferencia tecnológica, pero actualmente algunas de estas funciones no existen y otras se han minimizado. Esta confluencia de agentes, con sus cargas culturales cada uno y las relaciones que establecen en los ámbitos particulares es lo que se interpreta como la construcción de un espacio público que dinamiza a la región toda.

Dichas negociaciones requieren procesos de organización, apropiación cultural, aprendizaje, educación, capacitación, participación política, gestión, acción colectiva, que son interpretados como caminos y logros que posibilitan a los individuos y grupos tener acceso a servicios y perspectivas de vida que garantizan su subsistencia, ampliando sus opciones y oportunidades, es decir, construyendo desarrollo.

En la conformación de dicho espacio público se pone en juego la forma de vida de los campesinos, su propia concepción de ésta, las decisiones y necesidades individuales, las identidades colectivas, las concepciones y prácticas alrededor de las relaciones con la naturaleza y los recursos productivos, las experiencias y las formas de interacción social. Las relaciones que conforman este ámbito en los Altos son, entre otras, la participación del trabajo familiar, división y complementariedad entre actividades de los productores y de las mujeres, aprendizaje de los jóvenes, ayuda con los parientes, uso de recursos (tierra) de familiares (de padres, por ejemplo), ayuda mutua y trabajo entre parientes, información entre amigos, parientes en las comunidades sobre insumos, ventas, tendencias de precios, compras y ventas en común.

Igualmente, se concibe que el espacio público es en sí mismo una construcción política, ya que en él se disputan, negocian y acuerdan objetivos, intereses y recursos que dan lugar a la reproducción social de los diferentes grupos, en este caso los campesinos, a nivel familiar, comunitario y de la sociedad en general; el cual se configura de procesos y experiencias, con estructuras variables, negociaciones concretas y complejas,

redes tradicionales (parentales, de compadrazgo, por ejemplo) e innovadoras (con nuevos intermediarios), relaciones plurales y experiencias concretas. En este espacio se generan procesos que los individuos, grupos, organizaciones y comunidades encaminan hacia la resolución de problemas inmediatos, proyectos, procesos productivos que permitan, dentro de una sociedad con divisiones de clase, diferencias políticas, y marginación de ciertos grupos, plantearse, por ejemplo, mejorar su condición, negociar con otros actores de la sociedad, reivindicar derechos, exigir ciertas demandas a las instituciones gubernamentales, abatir pobreza, disminuir marginación o concretamente tener acceso a los recursos y servicios a que legalmente toda la población tiene derecho, pero que la política estatal actual no lo considera. Así, están definiendo caminos viables de desarrollo³ y cuestionando las formas capitalistas y, sobre todo, ampliando la perspectiva de las posibilidades de transformación y construcción.

Esto deriva en la construcción de formas de pertenencia a la sociedad por vías de la utilización y movilización de los recursos y relaciones propias de los sujetos, ganando lugares frente a la sociedad, como el que los productores jitomateros sean reconocidos en las plazas y centrales de abasto nacionales, las comunidades de la región se registran con índices bajos de migración, las familias se plantean alternativas diferentes de estudios y trabajos para los hijos, las condiciones de vida se encuentran por arriba de la pobreza extrema, los productores desde sus aprendizajes de negociación productiva arriban a disputas políticas, etcétera.

En este caso, interesa resaltar la utilización de las estrategias campesinas en el camino del desarrollo campesino, al tener como perspectiva la creación de un nuevo orden social determinado de acuerdo a pautas históricas y culturales propias, en donde los destinos finales no son el objetivo mismo, sino las experiencias particulares, prácticas cotidianas, decisiones, y negociaciones de

³ Boaventura Sousa (2006) menciona que ciudadanía y subjetividad se encuentran en permanente tensión; la emancipación cuestiona las acciones en que el Estado coarta las libertades civiles y políticas; y desde la participación el individuo se coloca de una manera diferente y no subordinada frente al Estado, así como en las interacciones en la sociedad.

los grupos, reforzados con aprendizajes y crecimiento colectivo en permanente construcción entre caminos múltiples.

CONCLUSIONES

Ante el recorrido de las transformaciones regionales de Los Altos de Morelos, resaltamos el proceso de construcción de desarrollo campesino ante el recuento de los procesos productivos y de relaciones que los productores y diferentes actores llevan a cabo.

La peculiaridad de este caso radica en un doble proceso aparentemente contradictorio, por el hecho de tratarse de productores minifundistas con restringida capacidad de inversión, sin manejo de alta tecnología, sin infraestructura de riego, ni apoyos institucionales, lo que determina la no posibilidad de acumulación. Y por otro lado, esta adecuación de bases tecnológicas y comerciales capitalistas, los inserta de manera subordinada y dependiente al proceso de acumulación de capital, derivando de un lado en la transformación y construcción de condiciones de vida campesina, así como la participación en la reproducción del mercado y sociedad capitalista.

Los ámbitos familiares y comunitarios contienen las posibilidades de seguridad de las actividades productivas y de la reproducción social. Los campesinos actúan con ventajas de su propia lógica, al contar con espacios y relaciones construidos por ellos, no impuestos o definidos de manera externa; esto les da posibilidades de incursionar en ámbitos de riesgo, en donde no cuentan con capacidad de definir los resultados de su participación, como es el mercado, en la compra de insumos y la comercialización de sus productos. Los procesos de conformación y transformación de las múltiples relaciones sociales muestran tendencias generales de apertura de los ámbitos de interacción, desde los espacios familiares y comunitarios hacia el mercado regional y nacional.

En el marco campesino, el espacio público se concreta con la extensión de la acción individual, como por ejemplo, las actividades productivas hacia la vinculación e interacción con ámbitos colectivos, institucionales, económicos (mercados) y sus diferentes actores para la concreción de las estrategias de reproducción y configuración de nuevas formas de acción y pertenencia de los

individuos en los ámbitos comunitarios, familiares, productivos, institucionales, relacionales, etcétera, tratándose de la constitución de relaciones sociales sin intervención de instituciones y actores estatales.

En el terreno del mercado los campesinos se vinculan de manera desventajosa, sin embargo, pueden incursionar en estos espacios y obtener sus propias ventajas, como las ganancias, y a través de ellas –paradójica y complementariamente– y la integración en la estrategia global, construyen, forman parte y logran la recreación de los escenarios productivos y reproductivos a través de acciones, decisiones, trabajos, condiciones particulares de los diferentes grupos y sus interacciones con los otros.

La complejidad de procesos, actividades, entrelazamiento de sujetos, objetivos e intereses distintos que implica la participación de distintos agentes en la trama de relaciones sociales, representa una modalidad regional específica que se ha conformado de acuerdo a la dinámica del mercado nacional, que significa, en última instancia, la aportación de recursos y esfuerzos de múltiples actores sociales que se van materializando en reproducción para cada uno, dentro de un proceso de transferencia de excedentes hacia los sectores con mayor poder y en una acumulación diferenciada.

Así, el contenido del concepto de desarrollo campesino incluye la reproducción de la base campesina en que las estrategias conforman el archipiélago en que se llevan a cabo (recreando las pautas comunes y las heterogeneidades de condiciones y decisiones), así como la constitución del espacio público. A través de éste se recrea su pertenencia a una sociedad compleja integrada por grupos y relaciones heterogéneas, regida por una predominancia política y económica mercantil, sosteniendo las relaciones contradictorias y paradójicas de las articulaciones campesino-mercado, en las que se ven influidos al mismo tiempo que resisten la descapitalización a partir del arraigo, defensa, recuperación y enriquecimiento de su cultura.

BIBLIOGRAFÍA

- Guzmán, Elsa y Arturo León (2008), *Campesinos jitomateros. Especialización diversificada en los Altos de Morelos*, México, UAEM/Plaza y Valdés.
- Hervieu, Bertrand y Jean Virad (2001), *L'archipel paysan*, Francia, L'Aube.
- PNUD (2007), *El estado del Estado en Bolivia. Informe Nacional sobre Desarrollo Humano 2007*, Bolivia, Programa de las Naciones para el Desarrollo.
- Valladares Arjona, Rubén (1990), *Agricultura en México. Diversidad o crisis*, México, UACH.
- Weitz, Ranaan (1973), *De campesino a agricultor. Una estrategia de desarrollo rural*, México, Fondo de Cultura Económica.

